

Creencia pragmática. Justificación y valores epistémicos según el pragmatismo clásico

Evelyn Vargas

Introducción

Tiempo atrás, Alejandro Dolina defendía en su programa de radio el valor de la veracidad por encima de la simple credibilidad.¹ Cuando se trata de virtudes personales, ser veraz es más valioso que ser creíble. El aprecio por la veracidad, como bien defendían los virtuosos caballeros de la Royal Society, conlleva la obligación de hacer todo lo que se pueda para formarse creencias verdaderas, y no solo decir lo que se cree. La veracidad, con su correspondiente exigencia de precisión y sinceridad, es por cierto un valor epistémico, pero ¿qué otros valores pueden sostener nuestras normas epistémicas?

La noción de creencia pragmática, tal como la formulara Kant, parece admitir reglas de prudencia en la formación de las actitudes doxásticas. En la “Doctrina trascendental del método” Kant define la creencia pragmática como aquella que sirve de base a la acción pero que, sin embargo, solo es acompañada de convicción subjetiva (A 824/ B 852). Es legítimo aceptar creencias aun cuando no contamos con evidencia suficiente teniendo en cuenta la importancia de la acción a seguir. Se ha sostenido que el pragmatismo americano generaliza esta relación con la acción a toda creencia.

Pero si el pragmatismo americano generaliza la noción y concibe como pragmática a toda creencia, ¿acaso los pragmatistas deben admitir que in-

¹ “Me parece que el mayor capital es la VERACIDAD, con sus aciertos y errores... CREDIBILIDAD puede tener un mago y el tipo te está engañando [...] El hecho que te crean no quiere decir que digas la verdad [...]”

tervienen reglas de prudencia en la formación de todas nuestras creencias, incluso las científicas?

Responder afirmativamente a esta pregunta sería considerado por algunos como el rechazo del evidencialismo, y, por tanto, el abandono de una norma epistémica irrenunciable, esto es, de nuestra obligación de formar nuestras creencias solo en virtud de nuestra mejor evidencia disponible. Tener el derecho a creer lo que creemos, piensa el evidencialista, conlleva esta obligación, sin la cual nuestras creencias no estarían justificadas. Nuestra responsabilidad epistémica de dar y pedir razones es la fuente de la justificación.

En lo que sigue me ocuparé entonces de algunas de las posibles contribuciones distintivamente pragmatistas a nuestra comprensión de las normas epistémicas. Presentaré en primer lugar las características básicas de lo que Kant denominó creencia pragmática y seguidamente haré uso de ellas para precisar las posiciones de James y Peirce.

La definición kantiana de creencia pragmática

Comenzaré por presentar brevemente la concepción kantiana en la primera Crítica. El ejemplo ofrecido por Kant es la creencia del médico que diagnostica una enfermedad para salvar al paciente en peligro pero desconoce realmente que se trate de dicha enfermedad, pues ignora a cuál corresponden dichos síntomas (Cf. A 824/ B 852).

Kant caracteriza el tipo de creencia que califica como pragmática en los siguientes términos:

Ich nenne dergleichen zufälligen Glauben, der aber dem wirklichen Gebrauche der Mittel zu gewissen Handlungen zum Grunde liegt, den *pragmatischen Glauben*.

[A esta creencia contingente, pero que sirve de fundamento al uso efectivo de los medios para ciertas acciones, la llamo *creencia pragmática* (A 824/ B 852)].²

El término ‘creencia’ [Glauben] designa una forma específica del tener

² Todas las traducciones son propias.

por verdadero [Fürwahrhalten], género que incluye además la opinión y el saber, pero que, a diferencia de la concepción contemporánea, no hace de la creencia una condición del saber.³ Cuando creemos en el sentido kantiano, el contenido de la creencia se tiene por verdadero aunque somos conscientes de que otros podrían formarse otro juicio. En otras palabras, creemos cuando estamos convencidos pero no tenemos certeza (Cf. A 822/ B 850).

La creencia pragmática es, además, puramente contingente. Por una parte, la intención del sujeto se dirige a fines meramente contingentes (en esto se diferencia de la fe moral, cuyos fines son necesarios). Pero cuando se ha adoptado un determinado fin (por ejemplo, curar a *este* enfermo), se establece una conexión necesaria entre dicho fin y las condiciones para alcanzarlo (Cf. A 823-4/B851-2). Sin embargo, dicha relación necesaria solo es válida para el sujeto que debe actuar, esto es, él no conoce otros medios para dicho fin. Si conociera con certeza que esos y no otros medios bastan para alcanzar el fin, la relación medio-fin sería objetivamente suficiente.

En suma, una creencia es pragmática en sentido kantiano cuando el sujeto orienta su acción en base a ella pero sin tener certeza acerca de su eficacia para alcanzar el fin de la acción. El convencimiento subjetivo propio de la creencia pragmática parece además tener un carácter voluntario, puesto que el sujeto es consciente de que su creencia carece de certeza a la vez que le presta su asentimiento con vistas a actuar. Las razones de su aceptación no se basan en la evidencia objetiva, sino que reconoce que otros en la misma situación podrían juzgar diferente.

La polémica entre James y Peirce acerca de las “cuestiones vitalmente importantes”

James y la voluntad de creer

Nos preguntábamos al comienzo si nuestros hábitos de formación de creencias están sujetos a algún tipo especial de normas y, en particular, si siempre es incorrecto o irresponsable formar una creencia, esto es, dar por verdadera una proposición sin tener evidencia suficiente o adecuada. El caso de la creencia pragmática kantiana sugiere que no siempre es así; en vistas

³ De hecho, se oponen, pues no creemos en las proposiciones científicas (Cf. A 822-3/ B 850-1).

a la salvación del enfermo es prudente aceptarla, aun en ausencia de buenas razones, pues suspender el juicio impediría actuar. La relevancia de la acción involucrada hace legítimo el sostener la creencia. Esta parece ser también la posición de James, para quien hay situaciones en las que podemos, e incluso estamos obligados a sostener una creencia aun cuando carecemos de evidencia suficiente. Así responde el pragmatista al matemático y filósofo William Kingdon Clifford, quien había publicado el ensayo “*The Ethics of Belief*” en 1877. Al comienzo de la obra Clifford propone la siguiente norma:

It is wrong always, everywhere, and for everyone, to believe anything upon insufficient evidence (Clifford 1879: 186).

[Siempre es equivocado, en todas partes y para todos, creer algo en base a evidencia insuficiente].

Para el filósofo británico todos tenemos siempre la obligación de respaldar todas nuestras creencias en evidencia suficiente. La respuesta de James fue primeramente un comentario presentado en los Clubes Filosóficos de Yale y Brown, que luego fue publicado como “La voluntad de creer” en 1896. Hay ocasiones, sostiene, en que no solo podemos sino debemos aceptar nuestra creencia con evidencia insuficiente. Dice James:

Our passional nature not only lawfully may, but must, decide an option between propositions, whenever it is a genuine option that cannot by its nature be decided on intellectual grounds [...] (WWJ 1: 464-5).

[Nuestra naturaleza pasional no solo puede legítimamente sino que debe decidir una opción entre proposiciones, siempre que se trate de una opción genuina que por su naturaleza no puede decidirse mediante bases intelectuales].

El argumento de James en favor de esta norma se vale de una serie de distinciones que explicita en las primeras secciones del ensayo, y que le permiten definir qué constituye una opción genuina entre creencias. Su objetivo es refutar a Clifford mostrando que en ciertas ocasiones estamos justificados

en sostener creencias que no se apoyan en evidencia suficiente; en particular, ese es el caso de la creencia religiosa, pero hay también otros. Las distinciones conceptuales necesarias para su argumento ocupan las secciones i a viii.

En primer lugar, emplea el nombre de *hipótesis* para todo lo que se propone para ser objeto de creencia, y puede ser, como los conductores de la electricidad, *viva o muerta*; una hipótesis viva es aquella con la que hacemos contacto o nos electriza, que ‘atrae como una posibilidad real a aquel al que se le propone (WWJ 1:470)’; la atracción de una hipótesis se mide por la voluntad del sujeto a actuar, pues hay tendencia a creer siempre que hay voluntad de actuar. Así, el grado máximo de vitalidad de una hipótesis consiste en actuar irrevocablemente, pero puede variar de un individuo a otro.

La segunda distinción se refiere a las *opciones*, esto es, a la decisión entre hipótesis. Las opciones pueden ser *genuinas o no-genuinas*. Una opción genuina debe cumplir las siguientes tres características: (i) debe ser viva, esto es, ambas hipótesis deben ser vivas; (ii) forzosas, en oposición a las opciones que son evitables, y (iii) de capital importancia y no meramente triviales. Así, la opción ‘ser un seguidor de Zeus o un seguidor de Dionisio’ no es una opción viva para un hombre moderno, pero sí lo es ‘ser un agnóstico o un cristiano’. Una disyunción lógica completa es un ejemplo de una opción inevitable, y una hipótesis en la que un científico emplea todo un año para tratar de verificarla experimentalmente sin resultados conclusivos representa una opción trivial, pues no produjo mayor daño el haber creído en ella durante ese tiempo.⁴

Otra distinción relevante es aquella que permite delimitar el rol de la *voluntad y las pasiones* en la adquisición de creencias. Las creencias acerca de cuestiones de hecho y de relaciones entre ideas no parecen estar bajo el control de la voluntad y es inevitable creer en ellas una vez que se las considera. Pero descreemos de los hechos y teorías para los que no tenemos un uso. Si los científicos no buscan evidencia para la telepatía, escribe James, es porque su existencia pondría en tela de juicio la uniformidad de la naturaleza y otras creencias en las que basan sus investigaciones.

As a rule we disbelieve all facts and theories for which we have no use.

⁴ Cf. más adelante, cuando se trata de una opción viva.

[...] Why do so few “scientists” even look at the evidence for telepathy, so called? Because they think, as a leading biologist, now dead, once said to me, that even if such a thing were true, scientists ought to band together to keep it suppressed and concealed. It would undo the uniformity of Nature and all sorts of other things without which scientists cannot carry on their pursuits. But if this very man had been shown something which as a scientist he might do with telepathy, he might not only have examined the evidence, but even have found it good enough. This very law which the logicians would impose upon us if I may give the name of logicians to those who would rule out our willing nature here is based on nothing but their own natural wish to exclude all elements for which they, in their professional quality of logicians, can find no use. Evidently, then, our non-intellectual nature does influence our convictions (WWJ 1: 462-3).

[Por regla descreemos de todos los hechos y teorías para las que no tenemos un uso. [...] ¿Por qué tan pocos ‘científicos’ siquiera miran la evidencia para la llamada telepatía? Porque piensan, como un destacado biólogo ya fallecido me dijo alguna vez, que si tal cosa fuera verdad, los científicos deberían hacer causa común para mantenerlo reprimido y oculto. Desharía la uniformidad de la Naturaleza y toda clase de otras cosas sin las cuales los científicos no pueden continuar sus búsquedas. Pero si este mismo hombre hubiera mostrado algo que como científico podría hacer con la telepatía, podría no solo haber examinado la evidencia sino incluso haberla encontrado válida. Esta misma ley que los lógicos nos impondrían, si puedo llamar lógicos a aquellos que descartarían nuestra naturaleza volitiva, no se basa aquí en otra cosa que en su propio deseo natural de excluir todos los elementos para los cuales, en su calidad de lógicos, no le encuentran ninguna utilidad. Evidentemente entonces, nuestra naturaleza no intelectual influencia realmente nuestras convicciones].

Los lógicos de la ciencia nos imponen la regla de excluir aquello para lo que no encuentran aplicación. Pero esto significa que nuestra naturaleza no intelectual influencia nuestras creencias, pues la exclusión de nuestra natura-

leza volitiva que la norma del uso implica es una consecuencia de su propio deseo. La lógica y la perspicacia no son las únicas causas de nuestras creencias. Si bien las proposiciones conocidas a partir de la evidencia fáctica y la lógica escapan al control de la voluntad, las decisiones respecto de lo que se ha de investigar dependen de consideraciones que no se basan exclusivamente en nuestros juicios intelectuales.

Estas distinciones permiten entender, por tanto, que nuestras pasiones deben decidir cuando se trata de una opción genuina, es decir, viva, inevitable y no trivial, y que no puede decidirse mediante nuestras capacidades intelectuales. La razón de ello es que, en tales casos, no tomar una decisión respecto de las opciones también es una decisión pasional y tiene el mismo riesgo de perder la verdad.

Otra distinción importante para James es aquella entre el modo *absolutista* de creer y el modo *empirista* de creer. Ambos rechazan el escepticismo pero se separan en cuanto el primero sostiene que podemos conocer con certeza que sabemos, mientras el segundo niega que podamos conocer infaliblemente que conocemos. Predeciblemente, James toma partido por el empirismo.⁵

Finalmente, la norma según la cual debemos buscar la verdad y evitar el error no debe entenderse como dos maneras de expresar lo mismo sino como dos leyes separadas. Estos fines se sopesan de manera diferente en contextos diferentes, los cuales determinan a qué deber debemos dar prioridad. Clifford, en cambio, nos exhorta a evitar el error por sobre todas las cosas en cualquier circunstancia; un empirista, por su parte, reconoce situaciones en las que preferirá perseguir la verdad aun a riesgo de caer en el error.

Una vez presentadas las distinciones, resta detallar cuáles son las creencias acerca de las cuales decide nuestra naturaleza pasional de manera legítima. Según vimos, son todas aquellas que constituyen una opción genuina y no son decidibles solamente por el intelecto. Es el caso de las creencias morales, las relativas a las relaciones interpersonales o la hipótesis religiosa.

Más complejo resulta el caso de las creencias científicas. Por una parte, las hipótesis físicas no satisfacen las pautas de una opción genuina; difícilmente puedan considerarse vivas o inevitables. En general, sostiene James,

⁵ Tenemos certeza si contamos con evidencia objetiva.

no es forzoso decidir creer o no en una determinada teoría acerca de los rayos X. Por esta razón es preferible suspender el juicio y así evitar el error, pues no se trata de cuestiones urgentes en las que es mejor tener una creencia falsa que guíe la acción que no tener ninguna.

Cuando se trata de creencias científicas debemos suspender el juicio hasta contar con evidencia suficiente. Sin embargo, esta aparente adhesión al evidencialismo contrasta con su posición respecto al descubrimiento científico. El avance del conocimiento científico no sería posible sin el deseo apasionado de los descubridores; el investigador más apto para proveer los materiales al intelecto desinteresado que los juzga es aquel que abraza una hipótesis como vitalmente importante. Escribe James:

For purposes of discovery such indifference is to be less highly recommended, and science would be far less advanced than she is if the passionate desires of individuals to get their own faiths confirmed had been kept out of the game. (...) Human passions, however, are stronger than technical rules. “Le coeur a ses raisons”, as Pascal says, “que la raison ne connaît point”; and however indifferent to all but the bare rules of the game the umpire, the abstract intellect, may be, the concrete players who furnish him the materials to judge of are usually, each one of them, in love with some pet “live hypothesis” of his own (WWJ 1: 471-2).

[Para los propósitos del descubrimiento tal indiferencia ha de ser menos altamente recomendable, y la ciencia estaría mucho menos avanzada de lo que lo está si los deseos apasionados de los individuos para confirmar su propia fe hubieran sido mantenidos fuera de juego. (...) Las pasiones humanas, sin embargo, son más fuertes que las reglas técnicas. “El corazón tiene sus razones,” como dice Pascal, “que la razón no conoce”, y por más indiferente que pueda ser el árbitro, el intelecto abstracto, a todo menos a las reglas de juego, los jugadores concretos que le proveen los materiales para juzgar están, cada uno de ellos, enamorados de su hipótesis viva preferida].

Ciertamente, esta distinción entre hipótesis naturales no verificadas que son aceptadas no en razón de la evidencia disponible sino porque acuerdan

mejor con nuestros deseos e intereses parece ser una aplicación ilegítima del principio de justificación en base a nuestra naturaleza pasional, ya que la cuestión podría dirimirse mediante el uso de nuestras facultades intelectuales, por lo que no se trataría de lo que James llama una opción genuina. Debemos recordar, no obstante, que en la medida en que una creencia involucra una disposición a actuar se trata de una cuestión vital, pues entre ellas se han de contar aquellas que nos impulsan a buscar su verificación. Para quien la formula, se trata de una opción vital, perentoria y de capital importancia.⁶

Según esta breve presentación de la posición de James respecto a nuestras normas epistémicas, tenemos control voluntario sobre aquellas actitudes doxásticas que pueden y deben decidirse en virtud de nuestra naturaleza pasional, y por tanto no pueden decidirse en base a evidencia suficiente. Cuando nuestra opción entre creer y no creer una proposición es genuina -es decir, viva, forzosa y no trivial- son nuestros intereses, miedos y deseos los que determinan nuestra elección, pues el error es preferible a la inacción. Pero a diferencia de Kant, dichas creencias no basadas en evidencia suficiente pueden incluir en algunos casos hipótesis de naturaleza científica.

Peirce y la fijación de la creencia

Aunque Peirce elogió el ensayo de James por su estilo y lucidez, expresó sus reservas respecto a la idea de que nuestra naturaleza no intelectual puede determinar lo que creemos. Eran tiempos difíciles para Peirce, y James organizó para él las conferencias de Cambridge conocidas como “Razonar y la lógica de las cosas”. Peirce aprovechó la ocasión para responder a James. A la propuesta de este último de reemplazar su plan inicial de ocuparse de la lógica de eventos por temas más populares y de carácter vitalmente importante, Peirce responderá con su distinción entre asuntos de vital importancia y asuntos que conciernen al avance general del conocimiento.

La distinción puede resultar de importancia para considerar el valor pragmático del conocimiento y en qué medida los factores pragmáticos tienen un

⁶ Más aún, si desde el punto de vista empirista que James defiende no se acepta la doctrina de la certeza basada en evidencia objetiva, pues las supuestas certezas de unos están en conflicto con las afirmaciones de otros, lo que para unos es ciertamente verdadero para otros es ciertamente falso. Desde un punto de vista práctico, la convicción de que poseemos evidencia objetiva es solo una opinión subjetiva entre otras que la contradicen.

papel en la indagación y evaluación de creencias, pues parece implicar que diferentes normas epistémicas se aplican según lo que se ponga en juego a nivel práctico.

En uno de sus textos más conocidos, Peirce afirma contundentemente que la ciencia es el método correcto de fijación de la creencia (W3: 254). Sin embargo, si por fijación de la creencia entendemos un estado de asentimiento establecido, como allí se afirma, parecería que no podemos decir que el método científico produce creencia:

Hence, I hold that what is properly and usually called *belief*, that is, the adoption of a proposition as proposition as κτήμα ἐξ ἀεί [a possession for all time], to use the energetic phrase of Dr Carus, has no place in science at all. [...] There is thus no proposition at all in science which answers to the conception of belief (RLT 112).

[Por lo tanto, sostengo que lo que propia y generalmente se llama *creencia*, esto es, la adopción de una proposición como una posesión para todo tiempo, para usar la enérgica frase del Dr. Carus, no tiene en absoluto un lugar en la ciencia. [...] No hay por tanto ninguna proposición en la ciencia que responda a la concepción de creencia].

Ahora bien, en sentido general, se entiende por creencia el estado opuesto a la duda, esto es, el tener por verdadero sin hacer referencia al contenido de la creencia o al grado de certeza:

It is necessary to say that “belief” is throughout used merely as the name of the contrary to doubt, without regard to grades of certainty nor to the nature of the proposition held for true, i.e. “believed” (EP 2: 336).

[Es necesario decir que ‘creencia’ se usa en general meramente como el nombre de lo contrario a la duda, sin considerar los grados de certeza o la naturaleza de la proposición tenida por verdadera, esto es, ‘creída’].

Pero ‘tener por verdadero’ se entiende en dos sentidos; por un lado, la creencia práctica o creencia propiamente dicha es aquella a la que se da

asentimiento de manera definitiva, por ejemplo, en cuestiones de ética; en segundo lugar, la creencia científica es aquella que siempre es provisional. Escribe Peirce:

[...] I certainly do think that holding to be true is of two kinds; the one is that practical holding for true which alone is entitled to the name of Belief, while the other is that acceptance of a proposition which in the intention of pure science remains always provisional. To adhere to a proposition in an absolutely definite manner, supposing that by this is merely meant that the believer has personally wedded his fate to it, is something which in practical concerns, say for instance in matters of right and wrong, we sometimes cannot and ought not avoid; but to do so in science amounts simply to not wishing to learn. Now he who does not wish to learn cuts himself off from science altogether (EP 2: 56).

[Ciertamente pienso que tener por verdadero es de dos clases: una es el tener por verdadero práctico, que es la única con derecho al nombre de Creencia, mientras que la otra es esa aceptación de una proposición que en la intención de la ciencia pura permanece siempre provisional. Adherir a una proposición de un modo absolutamente definido, suponiendo que por esto simplemente se quiere decir que el que cree ha comprometido personalmente su destino a ella, es algo que en asuntos prácticos, digamos por ejemplo, en cuestiones respecto de lo correcto o incorrecto, a veces no podemos y no debemos evitar; pero hacerlo en la ciencia equivale simplemente a no querer aprender. Ahora bien, aquel que realmente no quiere aprender se aísla totalmente de la ciencia].

La investigación es, para Peirce, la lucha para deshacernos de la duda y alcanzar un estado de creencia (Cf. W3: 247). La experiencia es la que puede poner en duda un conjunto establecido de creencias. Duda y creencia se conciben en términos de hábitos que se manifiestan en expectativas; cuando la experiencia entra en conflicto con esas expectativas, aparece la duda, y, por tanto, se inicia la investigación que debe restablecer el estado de creencia. El propósito de la investigación es la fijación de la creencia, pero de modo que responda a la evidencia. Dado que nuestras creencias son estables en la medi-

da en que no son puestas en duda por la experiencia, todas nuestras creencias son en principio falibles. Pero al mismo tiempo, y en la medida en que no son puestas en duda, deben ser consideradas ciertas por el investigador a efectos de la investigación. Dice Peirce:

[...] he [the scientist] ought to be in a double state of mind about the hypothesis, at once ardent in his belief that so it must be true, and yet not committing himself further than to do his best to try the experiment (MS L75, 55).

[él [el científico] debe estar en un doble estado mental acerca de la hipótesis, a la vez ardiente en su creencia de que debe ser verdadera, y sin embargo, no comprometiéndose él mismo más allá de hacer todo lo posible para intentar el experimento].

Su posición, sin embargo, se acerca a la de James más de lo que parecería a primera vista. La distinción entre creencia plena, mera opinión e hipótesis científica apela a la disposición a actuar implicada en la creencia. También acepta que las cuestiones vitalmente importantes, como las creencias éticas y religiosas, son también forzosas, pero no está claro que deban decidirse por medios no intelectuales. Las hipótesis científicas, por su parte, pueden considerarse meras opiniones en la medida en que el científico no guía su acción por ellas, pues no les competen los asuntos vitalmente importantes.

We believe the proposition we are ready to act upon. Full belief is willingness to act upon the proposition in vital crises, opinion is willingness to act upon it in relatively insignificant affairs. But pure science has nothing at all to do with action. The propositions it accepts, it merely writes in the list of premises it proposes to use. Nothing is vital for science; nothing can be. Its accepted propositions, therefore, are but opinions, at most; and the whole list is provisional. The scientific man is not in the least wedded to his conclusions. He risks nothing upon them. He stands ready to abandon one or all as soon as experience opposes them. Some of them, I grant, he is in the habit of calling established truths; but that merely means propositions to which no competent man today demurs.

It seems probable that any given proposition of that sort will remain for a long time upon the list of proposition to be admitted. Still, it may be refuted tomorrow; and if so, the scientific man will be glad to have got rid of an error. There is thus no proposition at all in science which answers to the conception of belief (RLT 112).

[Creemos la proposición en base a la cual estamos listos para actuar. La creencia plena es la voluntad de actuar en base a la proposición en crisis vitales, la opinión es la voluntad de actuar en base a ella en asuntos relativamente insignificantes. Pero la ciencia pura no tiene nada que ver con la acción. La proposición que acepta simplemente la escribe en la lista de premisas que propone usar. Nada es vital para la ciencia, nada puede serlo. Las proposiciones aceptadas, por tanto, no son sino a lo sumo meras opiniones, y la lista completa es provisional. El hombre de ciencia no está comprometido en lo más mínimo con sus conclusiones. No arriesga nada con ellas. Permanece listo para abandonar una o todas tan pronto como la experiencia se le opone. A algunas, lo concedo, tiene el hábito de llamarlas verdades establecidas, pero eso significa meramente proposiciones que ningún hombre competente objeta. Parece probable que cualquier proposición dada de esa clase permanecerá por largo tiempo en la lista de proposiciones a admitir. Aun así, puede refutarse mañana, y si es así, el científico estará feliz de haberse deshecho del error. No hay por tanto ninguna proposición en la ciencia que responda a la concepción de la creencia].

Puesto que las hipótesis científicas no constituyen verdades establecidas, son creencias provisionales que pueden ser refutadas en el futuro y no requieren ser probadas más allá de toda duda posible para ser creídas. Como en principio para James, en ellas no se deciden cuestiones vitalmente importantes. Pero a diferencia de James, el descubrimiento de hipótesis no escapa a la lógica, pues a la inducción y la deducción debe añadirse la abducción.⁷

Conclusiones

Para finalizar, nos preguntábamos acerca de la posibilidad de sostener

⁷ Más tarde añadirá la estética y la ética como ciencias normativas junto con la lógica.

creencias que no se apoyan en evidencia suficiente de manera legítima y racional. El concepto de creencia pragmática se aplica precisamente a aquellas creencias que es legítimo aceptar aun con evidencia insuficiente cuando es preciso actuar de manera perentoria. En estos casos la importancia práctica de las acciones implicadas hace de tales creencias justificadas, pues las consecuencias prácticas son relevantes para su evaluación. Si para Kant y para Peirce las creencias científicas quedan excluidas, James admite que tanto en el proceso de verificación de nuevas hipótesis como en la aceptación de enunciados metateóricos relativos a lo que se ha de investigar, no solo es posible sino también necesario tener tales enunciados por verdaderos en ausencia de evidencia objetiva. Para aquel que investiga constituyen creencias inevitables, vitales y de importancia capital.

Referencias bibliográficas

- A/B=Kant, I. 1781/1787 [1902-...]. *Kritik der reinen Vernunft*, en *Gesammelte Schriften*. Königlich-Preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin/Walter de Gruyter.
- Clifford = Clifford, W. K. (1879). *Lectures and Essays*. F. Pollock (ed.). London: Macmillan.
- EP = Peirce, Ch. S. (1998). *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings*. Houser, N. et alia (eds.). Bloomington: Indiana University Press.
- MS L75 = Peirce, Ch. S. *Logic, regarded as Semeiotic*, Ransdell, Joseph (ed.), en <http://mebers.door.net/arisbe/menu/library/bycsp/L75/L75.htm>
- RLT= Peirce, Ch. S. (1992). *Reasoning and the Logic of Things: the Cambridge Conferences Lectures 1898*. Ketner, K. L. (ed.). Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- W = Peirce, Ch. S. (1982- ...). *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, Fisch, M. et alia (eds.) Bloomington: Indiana University Press.
- WWJ 1= James, W. (1987). *Writings 1878-1899*. New York: Library of America.